EL EJE DE LA LUZ JOSÉ INIESTA MAESTRO



El eje de la luz



José Iniesta Maestro



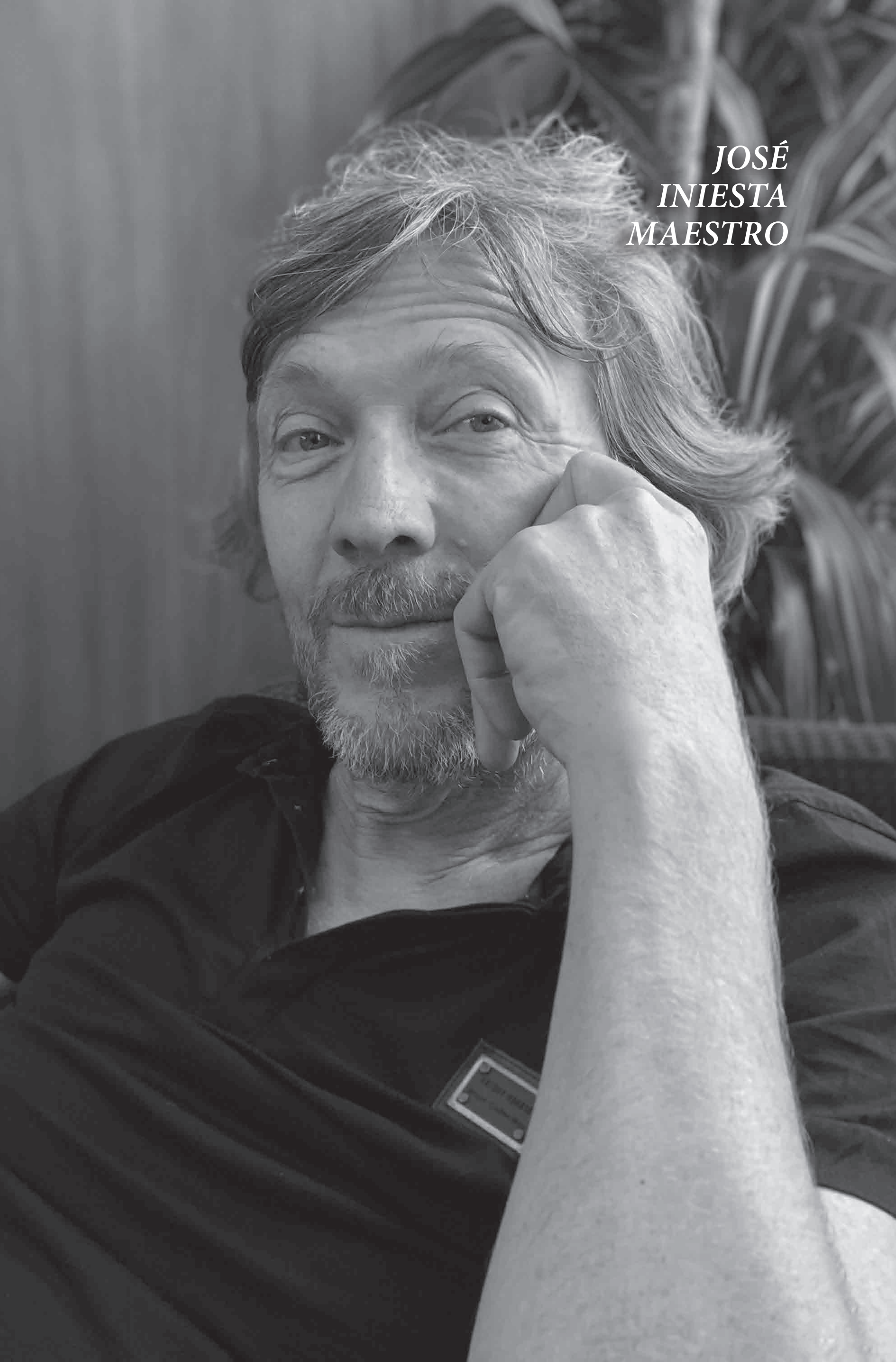
José iniesta maestro

El eje de la luz



Colección
Lima Lee




JOSÉ
INIESTA
MAESTRO

José Iniesta Maestro

(Valencia, España, 1962)

Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia. Ha publicado ocho libros: *Del tiempo y sus castigos* (Sagunto, 1985), *Cinco poemas* (Sagunto, 1989), *Arder en el cántico* (Renacimiento, 2008, Premio Ciudad de València Vicente Gaos), *Bajo el sol de mis días* (Algaida, 2010, Premio de Poesía Ciudad de Badajoz), *Y tu vida de golpe* (Renacimiento, 2013), *Las razones del viento* (Renacimiento, 2016), *El eje de la luz* (Renacimiento, 2017), y por último *Llegar a casa* (Renacimiento, 2019). Algunos de sus poemas han sido también editados en numerosas revistas como *Abalorio, Palimpsesto, Sibila, ESTACIONPOESIA, Itac*a, *Crátera, 21veintiúversos, Atonal, Azaharanía, Anáfora* y otras. Mantiene una intensa actividad en redes sociales, donde ha visto publicados muchos de sus versos en plataformas digitales, y se ha traducido su obra al inglés, italiano, francés y portugués.

El eje de la luz

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

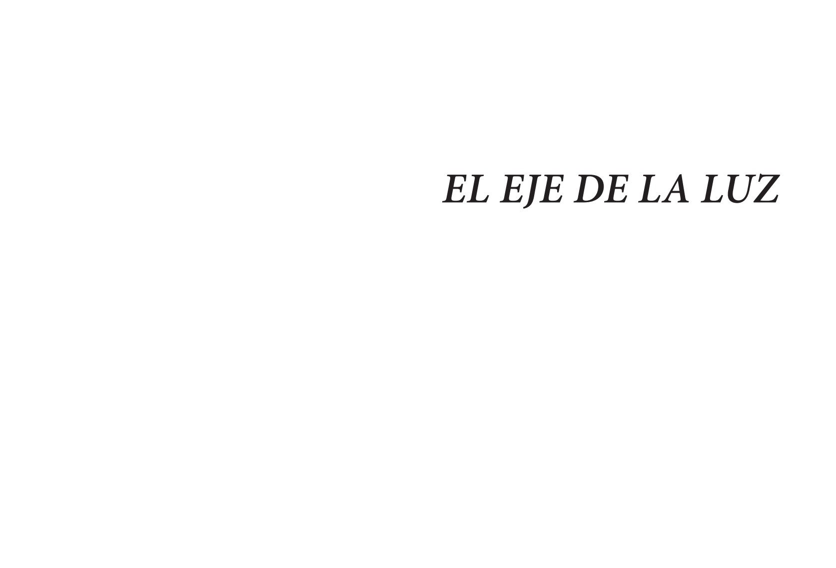
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL EJE DE LA LUZ

La música viva

A mi hija Irene

Qué esplendor en la música,
qué desmoronamiento.
Suena Bach en la casa y no es mentira
dentro del corazón emocionado,
y ya mana la fuente entre las piedras.
En la mañana, aquí, desde un lugar
que canta mi aventura y es abrazo,
las manos de mi hija, qué sentido,
al tocar el piano
                                        me dicen lo que soy,
me muestran territorios en la niebla
donde un hombre camina por la nieve,
la nada a la que llegan los senderos.

¿Qué nos quiere decir
                                        esta alabanza humilde
de luz cierta y de tiempo, de nostalgia,
el cristal de esta fuga por el aire

que suena en su quebrarse como lluvia
cayendo sobre el polvo y la memoria?
Hoy nos hemos perdido, y es septiembre,
y al sonar en las selvas este cántico
que es final y principio
nos hemos enterado
                                        de qué honda es la vida,
de qué templo edifican las palabras.

Callamos, resistimos. Aceptamos
la violencia del viento y las derrotas,
mas nos salva esta miel, este alimento
escaso del amor y tan salvaje.
Respiramos el aire, somos luz,
y esta música antigua
se hace nueva en mi sangre,
me trae, inesperada, en este día,
la alegría de un niño al escuchar
el canto de los pájaros
                                        en el sol de una rama,
las razones ahora que me entregan
el sueño verdadero de mi vida.

De noche en el jardín

A Agustín Pérez Leal

Mi vida se apacigua en el jardín.
Hay algo de la noche en las palabras
que escribo sin presura en el papel,
y una dicha serena que se expande
sin deseos me obliga a sus dictados.
No existe la frontera. Se diluye
sin daño
                    mi existir en el aire y las estrellas
si anhelo darle voz y darle luz
a la cueva profunda del presente,
al vuelo de mi amor en este patio
tan mío que lo entrego a su posarse.

Aquí todo se da,
                                    me lo han robado
en estas soledades del amigo.
Estar sentado aquí es una fiesta

de profunda nostalgia y estupor.
La noche está callada
y nos escucha.

Los acantilados

Ya nada nos retiene en este cuarto.
Hemos salido fuera y nos alcanza
el látigo del mundo en pleno rostro,
y es gozo y es fervor la maravilla
de no saber decir tanta belleza,

de aprender al final
                                        en los acantilados
la escritura del mar contra las rocas,
la lección de unas nubes sin deseos,
el vuelo sin palabras de los pájaros.

En la bicicleta

Mientras gira la rueda del instante
se desvela la tierra en su armonía.
Qué júbilo avanzar en equilibrio
mientras mece la brisa de la tarde
la rama de ser vida en nuestro rostro.
Hoy huele el mundo a marzo y azahar
donde se abre mi pecho
a su respiración,
                    y está cantando clara
el agua en las prisiones de una acequia.

Hoy soy el movimiento, nada cambia.
Acaricia mi huida
                    de lágrimas y vinos
la feraz superficie de la tierra,
y voy dejando atrás lo que es del aire,
el oro de las vidas que perdimos:
una lumbre sin humo en otra casa,
ciudades donde amamos, estaciones,
la calle de mis muertos, sus abrazos,

la sed y los ardores, las nevadas,
la luz alborotada en las cosechas.

Qué ilimitado todo, qué distancia.
Es un sueño pasar, y me deslizo
remoto por la rampa de ser sueño.
Mi esfuerzo pedalea a ningún lado,
atraviesa paisajes en la niebla,
pero pretende un sol
                              que jamás sea esquivo
e ilumine sin daño al corazón,
mi viejo corazón enamorado.

Madrugada de mayo

A José Mateos

La casa se despierta.
                                        Es mayo y madrugada,
los días donde somos de los cielos.
Y has salido al jardín, y lo respiras
con voluntad de ser donde esclarece,
aquí donde la vida se ilusiona
con los actos humildes
que no pretenden nada:
contemplar el granado florecido,
la lanza del ciprés lanzada al aire,
el jazmín que presagia en el tapial
el olor de los días,
                                        intenso y delicado.

Qué vastedad encierra nuestro pecho.
En el mismo lugar, todo es distinto.
¿Por qué me hace llorar en una esquina
esta belleza antigua

del patio amanecido,
y siento que soy yo entre las cosas,
y el fuego del minuto se hace eterno?

Cantar la vida

A Katy Parra

Es siempre posesión decir la vida,
asirme a cuanto veo con palabras.
Cantar es la manera
                                        de encender una luz
en la cueva profunda de la carne,
la sola soledad, mi compañía.

No hay límites aquí para saberme
de tanto ir perdido a mis hallazgos,
la música doliente que me salva.

El viaje es lo real al detenerte.
El viaje es lo que queda,
                                        y mucha luz
temblorosa en el polvo del camino.

Del aire, soy del aire, sin fronteras,
y hoy toda el alma mía va encelada
de amor en vuelo y sed,
                                    y nada sabe.

Tarde de agosto

A Sandro Luna

Qué suerte envejecer en este patio
al lado del granado que me sabe.
Pasan lentas las nubes y se alejan
de mí que bien las miro,
y no son muerte.

Es este mi lugar. Estoy vencido
de sol y gratitud en este banco
de piedra donde arden los recuerdos,
y hoy todo se prodiga en la pobreza
de esta sed bienhechora donde nace
la fuente regalada de mis días,
la tristeza del mundo y mi tristeza,

la alegría de ser, con qué fervor,
lo vivo en esta tarde,
y lo arrasado.

Entre naranjos

A Francisco Brines

No sabemos decirlo con palabras,
este sol que se entrega
                                        y no es de nadie,
estos huertos oscuros del invierno
donde arden las brasas del naranjo.
Es todo conmoción y es alborozo.
Silba el viento del norte enfurecido
en las ramas del tiempo y en las cañas,
y hay una claridad de mediodía
que sabe hacerse dueña de mis actos.

Mira el fruto caído, no se pierde
en los barros fecundos de tu alma:
en su fermentación se ofrece cierto
al dolor de la escarcha,
al hambre de los mirlos,
al hombre que respira, de qué modo,
los aromas exhaustos de la vida.

Un pino en la cumbre

A Maribel Deltell, en Andilla

Aquel pino en la cumbre
de mayo nos llamaba
en los días de nuestra juventud,
su contorno a lo lejos de promesas,
la firme majestad ilusionada
del árbol inclinado por los vientos.
Y a él encaminamos nuestros pasos,
al alto de la sierra, a aquellos riscos
donde el sol en nosotros y en los montes
fuera alcance y unión en el ascenso
de aquel amar el mundo a cada paso,
paraíso perdido, isla de la alegría.

Si a menudo regresa, tan de golpe,
aquel día en mis noches de desvelo,
¿qué arcano me desvela aquella luz
antigua,
la vida de aquel árbol contra el cielo,

los cuerpos abrazados en la hierba,
los vinos y las risas en la fuente,
la amiga claridad de los espacios?

No es destrucción el tiempo, lo perdido.
El pino es lo que soy
                                        después del tiempo,
el pino solitario, salvaje de mis lluvias.
Alienta en él y en mí, desde la tierra,
una savia común, una raíz oscura
que bien sabe encontrar entre las rocas
el agua necesaria en las profundidades.

¿Qué podemos hacer?

                                        ¿Dónde estuvimos?
Ahora cierro los ojos y aquel viento
de lugares que ardieron y me llaman
todavía es origen y es la música
de la huella sonora que me nombra:
la plenitud descalza en los caminos.

Cinco poemas de amor

De los días contigo

Sentir que estás conmigo en la mañana,
que vamos de la mano y con tu risa
hablando de lo nuestro en el paseo
del amor y la muerte,
                                        y que detrás, detrás
de todas las palabras que me dices
está ardiendo en el cántico mi vida,

testigo yo del sol sobre los campos
a tu lado, mi amor, con tu presencia,
donde soy la renuncia y todo tengo:
la miel y posesión que me regalas
de los días contigo
                                        y la sed satisfecha,
la boca que en tu boca bebe el agua,
la saliva salvaje de toda tu alegría.

Tener o no tener

Se apagan las estrellas y amanece.
Pero nosotros no,
                                        nosotros somos brasas
que no se desvanecen en la noche.
Nosotros por amor somos eternos
en esta vieja llama del instante,
y somos en los años que nos restan
como ríos ardiendo bajo el sol,
glaciares que se funden con la tierra
de todo lo que ha sido y ya no es,
de aquello que es caudal
                                        en sequedades
o pozo de agua fresca en el desierto,
y es oro en la odisea del amarnos.

Un roble en abril

Hemos mirado el árbol, otra vez.
Es un roble en abril, con qué belleza,
ocupando el espacio de su necesidad
con raíces y ramas y con pájaros,
otorgando sentido a tanta luz,
tanto rumor de vida a tu silencio.

El árbol es distinto a mi materia.
Desde su savia oscura
                              aúna tierra y cielo
y a nada se somete pues se da,
y da respuesta al mundo que lo acepta.

Mas yo, mi amor,
                              en la mañana fría,
¿quién soy tras el cristal?,
¿qué cántico pretenden estos versos
que envidian el murmullo de sus hojas?,

¿qué espacio ocupa en ti el alma mía?

Amanecer contigo

En esta alcoba en vela de la noche
el mundo ya amanece por nosotros,
y una explosión dulcísima a tu lado
que no conoce el tiempo
                    ya despunta a su sol.

Ahora, que te miro, voy de vuelo
y todo lo comprendo por el aire.
No hay nada más adentro que tu vida
después de tanto amor y tantas noches.
Con qué verdad me alcanza la evidencia:
la vida es este estar a lo que viene
en esta cama nuestra de tu abrazo,
del oro de tu piel mientras respiras
regalando el aroma y la belleza
de aquello que se da,
de aquello que conmueve,
                    con qué fuerza,

el árbol deshojado de mis huesos,
la piedra enamorada de tu luz.

El desayuno

Estamos en la mesa y nos miramos.
Huele a café la casa, a despertar,
y el frío de febrero nos complace
al lado del amor y sus certezas.
El fuego está encendido para ti.
En el viejo frutero unas naranjas
son verdad porque hablan en silencio
con la luz y las sombras,
                                        y entonces me sonríes,
acaricias mi mano en la mañana.

No dejarás de ser en la costumbre
la muchacha desnuda en una cueva.
Las horas se serenan en su extraño
acaecer, y el sol entra en la casa
donde no duele el tiempo.
Ya me alcanza tu amor,
y en su precipitarse, el de la vida,
nada cambia contigo,
                                        estoy creciendo
hacia la luz por ti de las palabras.

Proteger la llama

Qué remota es la escena de la llama
alumbrando las selvas de la noche,
la vela que protejo entre mis manos.
Ahora está lloviendo en los senderos
y he caído otra vez, sin saber cómo,
de tristeza en las aguas estancadas,
de amor en estas ruinas, mis palacios.

No puedo levantarme, soy del cielo.
Ungido de este barro que me acepta,
ya todo en mí es origen. Me retiro
flechado con mi voz,
                                        soy lo lejano,

la nube silenciosa de mis vidas,
la nube de mi sangre que se va
y al fin desaparece
                                        en la luz del poema.

El ventanal del aire

A menudo nos hemos engañado:
no es aspereza el mundo que se da.
La ventana está abierta a la escritura,
y en la tarde de junio más hermosa
vuela libre el vencejo
a su sola obediencia
                    en la cárcel del aire,
y una nube es verdad en mi retiro.

Qué fiebre ser la vida, estar aquí.
Luce el sol en el cuarto, besa el fondo
sin fondo de mi carne prisionera,
y duda nuestra sombra en la pared,
el contorno de un barro pensativo.
Qué hondo es existir
                    cuando callamos.

El viaje extraño

Y no querer más nada porque estoy
cada vez más desnudo,
                                        a mi verdad sin mí,
frente a esta claridad del mediodía
derramando su luz sobre las cosas.
Qué temblor, sin mi casa,
                                        a mi extravío.
Qué caudales de sed. Tan solo estar
en la intemperie,
sobre la tierra,
a cielo abierto,
como el árbol que ampara con su sombra
al pájaro y al viento y a la hormiga,
las nubes que no saben de fronteras.

No sé, miro a lo lejos desde el alma
y el humo de los años se dispersa,
y albergo en mí, no sé,
                                        todos los sueños
rotos del mundo acaso,
y soy aquí conciencia de una rosa.

Sol en un patio

A Héctor Solsona

Jamás imaginé que yo acabara
aquí,
          dichoso de mirar lo que he mirado.
Me basta con sentarme y asentir
en este patio mío donde el sol
resplandece en un muro que se agrieta.
No anhelo nada más. Nada es ajeno
y es posesión la brisa de la tarde
llegada desde el mar, sobre mi rostro,

morada este jardín que me convoca
a escuchar junto al árbol
                              el milagro de un trino
que todo en su ignorancia lo contiene,
que nada me reprocha en su cristal.

Un paseo a solas

A Claudia Luna Fuentes

Como cada mañana,
                                        por vencer al dolor,
hemos salido a andar por los senderos
que sueñan la abundancia de la lluvia.
Repetimos entonces, sin razones,
bajo el cielo el suceso más antiguo,
y paso a paso vamos al encuentro
del viento y de las aguas y la luz
al lado de ribazos arruinados,
más limpios nuestros ojos al volver.

Aquí lo ignoro todo a mi sentir.
Qué ciencia más sabrosa no ser nadie
y llegar hasta el árbol de mi música.
No hay nada más secreto que las horas
donde todo acaece al caminar,
donde estamos y somos, donde vemos
las cosechas extensas en la tierra,

los versos de las viñas en las lomas,
y así al amar el mundo desplegado
el mundo a nuestro alcance
parece que se escapa,
                                        y toda lejanía
tiene un hondo silencio que nos habla.

A un poema

A Eloy Sánchez Rosillo, por su poema "En la mañana"

Al abrir este libro que envejece
conmigo
                    he viajado de golpe hasta la orilla
de unos versos al fin, tan bien hallados,
que me han robado el fuego de una lágrima
con preguntas sencillas
que lo responden todo.
                    ¿Cómo es posible ahora,
con qué caudal del alma hacia su gozo,
que este poema ajeno, tan desnudo,
lo viva como propio y que me salve?

No quiero nada más en esta silla:
leerte en la mañana y comprender
que ante esta claridad nuestra de junio
los dos somos hermanos,
y que nunca la muerte
será más que esta luz en la ventana,
estos geranios rojos y estos cielos

tan llenos de su sol que lo derraman
sobre todas las cosas de mi vida:
la casa y la escritura en el papel,
las baldosas de barro desgastadas,
el tiempo de mi rostro en un retrato
que dormita en el polvo de una mesa
donde ella, en nuestra boda, me sonríe
de la misma manera en el jardín,
eterna en la aventura de un abrazo.

Un rostro en la luz rota

Medianoche y tormenta.

Un punto de destino, y la ventana.
Hoy mi mano acaricia en los cristales
velados por la lluvia
                                        lo desaparecido,
la zona donde está rota la luz.

La vena se dilata en su temblor.
Ya no exigimos nada en esta casa,
y avivamos el fuego que se agota.
En su permanecer
el amor es respuesta,
y estas manos abiertas a su darse,
los pasos regresando por el barro
a la choza del humo y la pobreza:
la derramada calma
                                        sobre la destrucción.

En el puente

Hay lugares que siempre son retorno.
Cada día nos dan en abundancia
aquello que esperamos sin saberlo,
la luz cuando amanece sobre el mar,
el agua repentina en las acequias,
las cañas inclinadas por el viento,
el sol de las naranjas
                        en los huertos oscuros.

Qué libertad callar y ver la aurora
en este invierno nuevo de mis años.
Acabo de llegar hasta este puente
donde cada mañana me detengo
sin saber el porqué
                        de saberme tan vivo,

y el olor de la tierra me desata.

Los adioses

A mis hijos Irene y Tomás

Porque es amor la vida a vuestro lado
y es destino la luz de la mañana,
porque voy a morir con vuestra risa
tan dentro de mi carne que florezco
en estos arenales
                                        de la realidad,
escribo hoy estos versos, los adioses
que siempre, todavía, son abrazo,
palabras que yo sé que alguna noche
lejana
            os traerán, hijos míos, la belleza
robada de la vida que disteis,
el olor de la dicha en este otoño.

Estáis junto a mí. Desaparezco
despacio en el camino y he llegado
al lugar de una rosa indestructible.

Hay cercanía aquí, soy lo lejano
a veces, lo seré y seré caricia
recobrada un día de mi ausencia.

Ya nada puede el tiempo,
                                        soy del canto.
Mi voz será la luz que en una cueva
sabrá daros la luz enamorada.

Un granado en diciembre

A Jaime Siles

Todo el espacio sueña en el granado
que yo mismo planté y que ha crecido
en este patio cierto
de mi vida secreta.
Qué poco necesito en este banco
de piedra cotidiana junto al muro,
levanto mi mirada hasta sus ramas
de un amarillo puro contra el cielo
y el cielo me regala la conciencia
de estar en la mañana y respirar.

¿Quién soy si ya no soy,
si soy la vida?
El granado en diciembre me conoce
y se entrega a la luz, como mi carne,
con un clamor callado de renuncia,
por el aire las hojas en el vuelo
de ser en el otoño como yo,
la pura levedad que soy ahora.

La noche conmigo

Qué misterio en la noche,
                                        qué armonía
salvaje
de corazón y estrellas, frente a frente,
suspensa en la quietud del remolino.

De golpe nada avanza o retrocede.
Me basta la mirada, ser del cielo
que enciende en el vacío sus candelas,
respirar en el patio oscurecido
el aroma inmediato del jazmín
con un amor profundo. Todo vuela
y caerá a su reposo. Nada importa,
porque en esta aventura de ser vida
y no saber más nada ni anhelarlo
descubro un paraíso,
                                        mi ignorancia.

Dos besos y el tiempo

A partir de un poema de Mark Strand

1. El primer beso

La casa huele a humo y a pobreza.
Es de noche y el padre
penetra en la espesura
del cuarto de su hijo y lo contempla,
y un silencio calmado lo recibe,
una llama pequeña que respira
está alumbrando viva el universo,
la cueva donde habita la ilusión.

Mi padre, sí que existo, se detiene
apenas un minuto que perdura,
y allí todo lo puebla su entregarse.
Mi padre con su beso se me da,
y al sentarse a mi lado me repite
palabras que inauguran una rosa,

acaricia mi frente y me sonríe.
Y es entonces, allí, parece ahora,
que la luna se asoma en el cristal
por mirar en su altura lo insondable,
la hermosa llamarada de mi vida,
el abrazo que siempre es salvación.

2. Despedida

En la noche más larga
                                        del último verano,
bajo un sol fluorescente y la rutina
de un hospital antiguo de ciudad
el hijo le devuelve, qué sentido,
a su padre cayendo por la rampa
aquel beso que fuera su legado.
Es todo lo que tiene y las palabras,
y allí sabe decirle que no importa
la rosa deshojada de su ausencia,
que siempre será el niño del abrazo
primero y de la llama, hasta el final.

Existe otra ventana, y es la misma.
La luna está mirándole de nuevo
desde un cielo rendido al corazón.
Qué silencio, de golpe, agradecido.
Ahora nada fluye donde todo
es caudal abundante de su fuente,
y el hijo bebe el agua del amor,
alcanza en arenales con su canto

la frente de su padre que se va,
la mano que una noche iluminada
acarició su frente
                                        en la estación fecunda,
la mano que le entrega su alegría.

Beber la lluvia

No quiero guarecerme
de la felicidad
y salgo a las montañas de mi vida.
Esta lluvia soy yo, y soy la sed.
De nuevo abro mi boca
de niño al infinito
por beber de los cielos que se dan,
y el agua está borrando mis fracasos,
los surcos del dolor y las creencias.
Nada sé en el instante de la lluvia.
Este día es la vida que me queda,
y es oro en mis edades y es ceniza
la dicha de esta lluvia y sus tristezas.

Silencio en las viñas

Cada día llegamos más al fondo.
No hay dolor en la tierra que divisas
flechado de un asombro sosegado,
y hoy todo habla de ti por los caminos
en un día sin nubes
                    del final del verano.

Tan solo sobrevive lo que amaste.
Quitarte la camisa e ir descalzo
de sed en el amor y ser el agua.
Qué silencio rotundo por las viñas,
qué grave cada paso.
                    Qué quietud
el equilibrio antiguo de un ribazo,
la oración del nogal junto al camino,
el resplandor del sol sobre tu piel
y a un tiempo en los racimos apretados,
en los secos bancales de ser vida.

Aunque es de noche

A Mª José Alcalde

La casa queda atrás, nos alejamos
por ser y contemplar bajo la noche
las selvas transparentes de la nada,
las brasas esparcidas de los astros
mostrándonos la vía
hacia lo incierto.

Cielo y tierra en nosotros
y la disolución:
maneras de perdernos
y seguir adelante
quizás,
donde es destino ir, sin saber dónde,
este callar o hablar
que da lo mismo
de todo o nada,
de lo infinito o lo pequeño,
tan cercana la muerte, corazón,
tan amada la vida en cada paso.

Una nube

A Julia Bellido

Hay una nube sola
                                        en el cielo de marzo.
Sigue un desplazamiento sin apoyo
que no obedece a leyes y es del aire,
la fuga que persigue otro horizonte,
desiertos que soñaron con la lluvia.

Hay una nube sola, la que somos.
Nada sucede en torno de su forma
que cambia bajo el sol y nos fascina
suspensa en la quietud y el infinito
de una excelsa pobreza.

Quién pudiera cantar en su retiro
este silencio puro, alucinado,
esta renuncia justa, la blanca levedad
de ser nube en su vuelo.
Contra un azul intacto

de fina transparencia
la nube de mi vida se me va
bogando en esta tarde silenciosa.

Padre e hijo

A mi hijo Tomás

Porque siempre es destino
cantar el mundo nuestro
asciendo monte arriba, a la palabra,
contigo en esta noche de la luna.
En sus cuevas las vidas se repiten
mientras gira la tierra, encadenada,
en la ciega expansión del universo.
Dichoso con tu mano entre la mía,
hoy evoco el suceso y el amor
del niño que yo fuera en otra noche,
mi mano tan pequeña guarecida
en la mano serena de mi padre,
el caudal que sentí de corazón
a corazón.

Y al igual que tú ahora
que me ves, hijo mío, con que fe
debajo del silencio de los astros,

manaba de la piedra el agua clara
de aquel amor que tuve y que se dio,
el brillo de unos ojos que creyeron
en la voz de su padre y en el mundo.

¿Dónde estamos los dos,
                                        por qué senderos?
Aquí somos la vida, a nada vamos.
Hoy escucho tu risa y todo canta,
y el tiempo si te abrazo ya no existe
y ya no sé quién soy y me confundo,
pues eres en la cueva de la noche
la luz de lo vivido y mi alegría,
y en esta oscuridad hoy soy mi padre.

No quiero nada más que tu alborozo.
Tus ojos sobre mí son la certeza
de que existo y estuve en el camino
al lado del amor y sus caudales,
de que ahora soy el hombre que te entrega
el oro que me dieron,
                                        la luz de las palabras.

Qué remota es la escena de la llama
alumbrando las selvas de la noche,
la vela que protejo entre mis manos.
Ahora está lloviendo en los senderos
y he caído otra vez, sin saber cómo,
de tristeza en las aguas estancadas,
de amor en estas ruinas, mis palacios.



Colección
Lima Lee

